

Carpentier me dijo*

César Leante

Nací en La Habana, en la calle Maloja, el 26 de diciembre de 1904¹. Mi padre era francés, arquitecto, y mi madre, rusa, que había hecho estudios de medicina en Suiza. Vinieron a Cuba en 1902, por la única razón de que a mi padre le reventaba Europa. Estaba convencido de la decadencia europea y ansiaba vivir en un país joven, donde todo estuviera por hacer. Tenía puestos sus ojos en América. Cuba acababa de nacer a la independencia y le pareció el sitio ideal para radicarse. De otra parte, siempre le había interesado enormemente el mundo español; hablaba perfectamente este idioma y sus escritores predilectos eran españoles: Baroja, Galdós, Blasco Ibáñez... Con excepción de Anatole France, los consideraba muy superiores a los escritores franceses de aquella época; y en mi opinión no le faltaba razón. Era un apasionado de Baroja, pasión que me comunicó cuando empecé a leer, y en *El Siglo de las Luces* quizás pueda hallarse alguna referencia a las *Memorias de un hombre de acción*, pues, tal vez influido por Baroja siempre soñé en hacer un hombre de acción, un revolucionario, pero en América.

* Esta entrevista se realizó en el salón de reuniones de la Editorial Nacional de Cuba, de la cual Alejo Carpentier es director; durante tres días Carpentier y yo hablamos allí varias horas. Nos sentamos a una mesa con tapa de cristal sobre la que yo tomaba mis notas, rodeados de mapas antiguos y reproducciones de Picasso y Gauguin que colgaban de las paredes, colecciones de libros publicados por la más grande editorial de Cuba, y un ambiente refrigerado. Pero Carpentier no permanecía mucho tiempo sentado; aparte de las llamadas telefónicas y los recados que entraban a darle –no muchos en honor a Pussy: su eficaz secretaria– se levantaba para dar cortos paseos por la sala, apoyar las manos en el respaldo de una silla o volver a tomar asiento, las piernas muy abiertas debajo del mueble. Procedía así cuando lo prolongado de la entrevista lo impacientaba, pues Carpentier es un hombre nervioso, de una visible intranquilidad, que expresan a las claras sus ojos redondos y enérgicos. Es alto, bastante corpulento –no obstante el asma que algo dobléga sus hombros– y habla pronunciando guturalmente la erre. Sus respuestas son precisas, pero elude las cuestiones demasiado personales (al punto de no hablarme de ninguna mujer en su vida, –cosa que le reproché, pero no escribí– ni siquiera de su esposa de siempre, la estupenda Lilia Esteban). Tampoco es amigo de anécdotas, a pesar de que muchas de ellas le producen gran regocijo; y, por el contrario, afirma: «La vida no importa, es la obra lo que cuenta».

La Habana, 1964.

¹ Día de San Esteban, uno de los protagonistas de *El Siglo de las Luces*, que es el alter ego de Carpentier en esta novela. Nota posterior del autor.

Como arquitecto, mi padre fue autor de multitud de edificios en La Habana, que todavía pueden verse, como la planta eléctrica de Tallapiedra, que si bien se examina es un edificio barroco con cuatro enormes chimeneas; el Trust Company, con sus sólidas columnas de granito como asegurando la solidez de su arca; el viejo Country Club y las primeras casas de este barrio, hacia donde se desplazó la burguesía criolla cuando la «negrada» comenzó a invadir el Vedado; el Parque Japonés del hoy restaurante 1830, con sus vericuetos y rincones tan propicios a las parejas...

Empecé a leer muy precozmente, pero mis lecturas no se diferenciaban de las de cualquier otro chico de mi edad: Salgari, Julio Verne, Dumas. Mi padre tenía una opípara biblioteca donde me refocilaba a mis anchas. Pero también me apasionaba el campo. Pasé toda mi infancia en una finca de Loma de Tierra y jugué a la pelota con el equipo del reparto El Cotorro. También empecé a escribir muy joven, a los doce años. Mis primeros escritos fueron novelas a imitación de Salgari; después escribí cuentos influido por France. Pero, cosa curiosa, desde mis primeros balbuceos siempre tuve la seguridad absoluta de que sería escritor. Por aquel entonces había en Cuba un verdadero culto por Anatole France, Hugo ya fastidiaba y se leía un poco a Zola. Estábamos bastante al día en literatura francesa gracias a un librero francés de apellido Morlhon, que se preocupaba por traer a Cuba las últimas novedades de Francia. En sus estantes podía encontrarse todo Rolland, y por él el cubano, tan retrasado en información, agarró a Proust apenas recibió éste el Premio Goncourt. En Cuba se leyó a Proust posiblemente antes que en cualquier otro país del continente. Por los años veinte, Miguel de Carrión me parecía el único escritor cubano importante.

Estudié bachillerato y arquitectura, que no terminé por motivos netamente personales. En 1921 comencé a hacer periodismo; escribí para el diario *La Discusión* una columna titulada «Obras famosas», donde resumía las obras más conocidas. Fue útil para mi carrera en la medida que es útil todo oficio que se elige por vocación, pero, sobre todo, fue muy útil para mí en aquel momento porque me pagaban y mi situación económica no era precisamente boyante. Me ligué al Grupo Minorista en 1923, es decir, desde su formación. A él pertenecían Rubén Martínez Villena, Roig de Leuchsenring, Gómez Wangüemert, Tallet, etcétera, y era un movimiento intelectual, pero también con la aspiración de sanear el ambiente político. Fue el deseo de acción política el que lanzó a Rubén a redactar la famosa *Protesta de los Trece*. Alfredo Zayas era presidente de la República y protestábamos contra la inmoralidad

dad administrativa, el robo al tesoro público, la «botella»... Por eso mismo, al producirse el movimiento llamado «de los Veteranos y Patriotas», nos sumamos a él con entusiasmo. Pero todo aquel movimiento resultó una comedia, un vodevil de cuarta clase. Los dirigentes de ese movimiento resultaron unos tráfugas. Se decía que había tanques escondidos en las Canteras de Carnoas, que pronto se produciría un desembarco... Pura patraña. El general García Vélez, el «jefe», estaba oculto en una casa del Vedado que toda la policía conocía. No lo detenían porque no les daba la gana o de tan inofensivo que lo consideraban. Recuerdo que una vez me llevaron a verlo cambiando siete veces de automóvil. Pues bien, a los pocos días volví a pasar en un taxi frente a la casa de los «siete cambios» y el chofer se viró hacia mí y me dijo. «¿Sabe usted quién se esconde ahí? El general García Vélez.» ¡Toda La Habana lo sabía!

Mi situación era de penuria y para cumplir ese oficio de ganarse la vida que todos tenemos que practicar, fui jefe de redacción de una revista comercial llamada *Hispania*, escribí una historia de los zapatos para el órgano oficial de la Unión de Fabricantes de Calzado y, entre nosotros, yo era hasta la «Jacqueline» de la sección de modas de la revista *Social*. Mi trabajo en *La Discusión* y en *Hispania* tuvo, sin embargo, una ventaja: que sus redacciones se encontraban en La Habana Vieja: la de *La Discusión* frente a la Catedral y la de *Hispania* en la Plaza del Cristo, que es uno de los lugares de La Habana que más amo. Siempre vuelvo a ella. Y mi conocimiento –casi perfecto– de la ciudad data de esta época y de la fascinación que sus casas y sus calles han ejercido siempre en mí. Cuanto más la miro más me interesa La Habana como ciudad y como lugar de acción de una novela. Pienso que es un escenario fabuloso para la creación novelística.

En 1924 fui nombrado jefe de redacción de la revista *Carteles* y mi vida se normalizó. Era un trabajo bastante rutinario, pero yo he sido toda mi vida un trabajador infatigable y he aprendido que de toda actividad humana es posible extraer una rica experiencia. Hice mi primer viaje a México –después he vuelto más de veinte veces– en 1926, invitado por el Gobierno mexicano. Se trataba de una convención de periodistas y se me dio un banquete por ser el jefe de redacción más joven de América. En México conocí a Torres Bodet, actual Secretario de Educación, a Orozco, a Diego Rivera... Mi amistad con Diego duró hasta su muerte. México fue el primer país extranjero que visité y siempre vuelvo a él con mucha alegría.

¡Écue-Yambo-0! desde la cárcel

Me encarcelaron en 1927 por firmar un manifiesto contra Machado. Siete meses estuve preso en la cárcel de Prado 1. Allí conocí a un tabaquero de nombre Joaquín Valdés que me enseñó a cantar *La Internacional*. La cárcel es dura, difícil de acostumbrarse a ella. El encierro, la falta de mujer, la inactividad, crean un estado de tensión nerviosa. Sobre todo en los primeros meses. Se vuelve uno irritable, se va a los puños por cualquier cosa. Yo, por ejemplo, recuerdo que me enredé en una riña con un preso político peruano porque, al referirme que su padre vivía de un oso amaestrado, le dije que la explotación del oso por el hombre era inmoral. Parece que aquello no le gustó y nos trabamos a golpes.

En prisión, empecé a escribir mi primera novela, ¡Écue-Yamba-Ó! (voz lucumí que significa algo así como «Dios, loado seas»). Me pusieron en libertad condicional: todos los lunes tenía que ir a firmar el libro de la cárcel. Ese mismo año, y al salir de prisión, Marinello, Mañach, Ichaso, Tallet y yo fundamos la *Revista de Avance*. A pesar de todo lo que se ha dicho, yo considero que era una revista pacata y muy mal orientada. No había una verdadera selección de los materiales que publicaba. Se tenía una vaga idea de que debía ser una suerte de órgano de las ideas nuevas: el cubismo en pintura, la poesía de vanguardia, las modernas tendencias musicales; pero como de costumbre padecíamos un atraso de años y así, por ejemplo, ignorábamos el surrealismo cuando éste entraba en su mejor fase. Existía, de otra parte, una fuerte corriente nacionalista. El espíritu de Diego Rivera presidía las artes plásticas y todo artista, en general, buscaba « plasmar lo nacional ». Fue entonces cuando nació el término *afrocubano*. Caturla y Roldán empezaron a componer música utilizando los elementos negros y aparecieron los primeros trabajos de Fernando Ortiz. Fue, en fin, una toma de conciencia nacional. Con frecuencia asistíamos a los « rompimientos » (ceremonia de iniciación) ñañigos en Regla. Yo escribí dos ballets, *La Rebambaramba* y *El milagro de Anaquillé*, con música de Roldán, que no llegaron a estrenarse porque tenían que salir negros a la escena. Esta onda nacionalista no era sólo local, sino mundial. Una mirada a la literatura de los años veinte al treinta nos lo revela: Panaït Istrati en Rusia, aunque fuera de ella, Ladislao Reymont, premio Nobel por *Los campesinos*; Knut Hamsun describiendo los fiords escandinavos; las novelas inglesas sobre los hombres de Arán. En América era la época de *Don Segundo Sombra* y *La vorágine*.